

El Museo

Hernán escupió el café ante el titular “Se extiende la cuarentena”, justo encima de su computadora. Luego de insultarse y secar el aparato, dio clic a la nota y leyó perplejo el desarrollo del nuevo anuncio. Cualquier ápice de sátira con que condimentaba el asunto, subiendo memes del tema en Instagram, se evaporó al instante. Lo que repasaban sus ojos, saltando de aquí para allá para confirmar que no era una ilusión, cambiaba el escenario totalmente.

Hernán sólo había leído un par de noticias al respecto, después de su turno de visitas guiadas. Ya le embolaba no poder laburar desde hace dos semanas, y ahora miraba apenado su credencial. Todo indicaba que esto no iba a ser pasajero.

Decidió leer un poco más, pero sólo lo necesario, para no volverse loco.

Abrió una pestaña, otra más. Sin darse cuenta, quedó sumergido en una interminable laguna de noticias, ensayos, reflexiones y futurología. Y así, inmerso en la hecatombe digital, paralizado físicamente pero revolucionado en lo virtual, se tragó la paranoia sin poderla digerir.

Consumió durante horas, concentradas como semanas, toda la información y las mentiras, sin ser interrumpido por nadie en la comodidad de su monoambiente. Cuando se le agotó la energía, enchufó la compu al cargador y se colgó al hombro un morral con los elementos básicos de un paseo nocturno. Después agarró las llaves, su celular, un barbijo y salió.

Llegó a la calle y, sin pensar en lo que hacía, dio principio a un trayecto hacia aquel sitio que se mantenía igual, que *debía* mantenerse igual en medio del caos: el Museo.

En pocos minutos ya estaba frente a la firme fachada corintia. Dio pasos veloces por la escalinata y, con la copia de la llave que le había hecho uno de los guardias, se deslizó dentro del edificio.

Desactivó la alarma, encendió las luces y, de pronto, una fuerza dentro de él lo hizo salir disparado como un dardo a la sala central. Trastabilló repetidas veces durante su carrera, determinado a no desviar la vista del objetivo.

Finalmente llegó a la sala, a *su* sala. Entonces volvió su conciencia, recuperó los sentidos y la serenidad.

Recorrió las escenas de los cuadros, bañándose en la paz de verlas ahí, inalterables, paralizadas sobre el lienzo y siempre dispuestas a hipnotizarlo: un ticket de transporte a otra realidad. Terminó su contemplación en forma de “U” para enfocarse en las piezas del centro, sus viejas amigas, preciosos bustos del más fino detalle.

Estaba embelesado. Cerró los ojos y mantuvo los párpados fruncidos un tiempo indefinible, para que durara la paz. De repente, el silencio que imperaba se hizo totalmente omiso. Como si un sonido grave y permanente se hubiera estado reproduciendo desde un principio, pasando desapercibido, y se notara su importancia recién ahora, al desaparecer. Hernán quedó

descolocado, pero aún no sabía bien por qué. Y como las primeras notas de un movimiento sinfónico, comenzó una violenta metamorfosis.

La estructura completa dio una sacudida, dando inicio a un temblor constante. Muchas luces titilaron y otras cayeron propulsadas al suelo, que hizo estallar sus focos. Hernán estaba pegado al piso, aterrado, cuando notó que las luces se estabilizaron. Al incorporarse, se limpió el revoque de la camisa y vio las lámparas, cuyo intenso brillo realzaba detalles de la habitación que hasta hace momentos estaban ocultos.

Los bustos a su alrededor se abrían, se resquebrajaban. Al mismo tiempo, el material se deformaba como si se tratase de masa. En medio del espanto, incapaz de moverse, observó los rostros sobrios de mármol que se transformaban en bustos angustiados, con las cejas cargadas de incertidumbre. Eran hombres frenéticos, tragados por la misma paranoia de la que Hernán buscaba escapar: eran los hombres del hoy.

En aquellos rasgos creyó ver a un desconocido, pero también a un familiar, a un amigo, y por último, a sí mismo.

Empezó a correr. La confusión y la indecisión tiñeron su carrera. El edificio se seguía moviendo y mutando con todo lo que llevaba dentro; los pasillos se curvaban, se ensanchaban o estrechaban mientras el techo daba saltos abruptos para subir y bajar.

El ritmo espasmódico de los temblores se tranquilizó al cabo de pocos minutos. El revoque dejó de llover y el movimiento del suelo se apaciguó lo suficiente como para que Hernán pudiera reconocer el nuevo sitio que lo rodeaba. Ante sí, todas las obras habían mutado a otras representaciones: las caras de la realidad. Cada pieza sufrió una muda de piel, denotando nuevos colores que Hernán se vio forzado a contemplar.

Se dirigió a las pinturas que circundaban el segundo anillo del Museo, el que abrazaba la sala central. Se fijó en la más grande. La escena retrataba una tormenta en el medio del mar. Por un lado se podía ver gente deleitándose con martinis y charlas entretenidas sobre la cubierta de un gigantesco crucero con la proa pintada de blanco impoluto. Era extraño, pero el barco, lejos de verse contrariado ante la tempestad, se mantenía firme entre las aguas, enajenado. Tal imagen se llevaba la atención del cuadro, por sus colores destellantes y rostros iluminados, pero Hernán, que siempre buscaba mirar el cuadro completo, bajó la mirada; no tardó en horrorizarse.

Allende a los grandes navíos blancos, decenas de familias eran azotadas por las olas, que se llevaban a los debilitados o los dejaban sostenidos temblorosamente sobre tablas destrozadas, a las que se aferraban con uñas y dientes. A pesar de los tonos oscuros con que estaban pintados, las luces revelaban con nitidez estas escenas casi ocultas; muchos tenían los huesos marcados sobre sus desnutridas pieles, y revelaban grandes ojos vacíos de esperanza.

Hernán desvió la mirada a la pared. No quería ver, no podía procesar de un tirón estas situaciones. Pero tenía que hacerlo, así que regresó la vista y notó un factor que había omitido en su primer análisis. Todas esas personas a la deriva, cansadas, con la ropa rota y la espuma hasta el cuello, remaban contracorriente, por inútil que pareciese oponerse a la marea, e

incluso las que se perdían en el horizonte, ya alejadas del ojo del huracán, no paraban de remar, pues seguían sostenidas sobre tablas que si se detenían, se hundían.

Siempre estaban así. El cuadro siempre estuvo ahí.

Ante escenas tan crudas, él pensó que no podía estar su propia cara en el retrato. Todo parecía tan ficticio y desgarrador que no podía imaginarse en ese espacio, fuere donde fuere. Pero buscó un poco más y encontró, distantes, a otras personas, refugiadas en barcos no tan grandes como los cruceros pero infinitamente más seguros que las tablas. Allí, abrigado con un piloto amarillo, estaba él; su ceño convertido en un trazo torcido, sus ojos en dos puntos, su sangre en óleo. Él también era parte de esa inmensa *screenshot* del mundo.

Hernán siguió caminando por la galería. La arquitectura se había configurado en confusos espirales que lo obligaban a andar en círculos, sin conocer el principio ni el final. Esta vez, fuera de su oficio de guía, su travesía tuvo una duración distinta. Aislado de su rutina, la arena en su reloj se tornó en humo, haciéndolo perder la percepción de la velocidad y del orden de los eventos.

Después de infinitas entradas y salidas de las obras, se topó con una habitación diferente, la entrada a un nuevo anillo. Exhausto pero determinado, puso pie en el espiral del futuro: sin la saturación lumínica de las demás habitaciones, pero dejándose ver, se alzaban imponentes monolitos que tenían tallado el porvenir: una crisis profunda en cada aspecto de la cotidianeidad.

Entre esas piedras enormes, se filtró una luz externa. A pesar de que el espacio había cambiado, Hernán recordaba que el Museo tenía tres alas. Esa era la última. Ahí mismo estaba la salida.

Corrió con las mismas ansias con las que entró, pero una pared lo frenó. La salida no estaba ahí. Había sido una ilusión.

Agotado, se sentó en el suelo y se agarró la cabeza. ¿Cómo podía irse de ahí? se preguntó, y cerró los ojos con todas sus fuerzas. Se quedó intentando llegar a una conclusión por largos minutos.

Entonces le empezó a vibrar el celular. Era una videollamada familiar.

Escuchar las risas le devolvió un pedazo de alma al cuerpo. Después de tanto tiempo en la burbuja de su soledad, Hernán conoció la contracara de la tragedia: todos estaban apoyándose en medio de la tormenta, todos estaban para acompañarse dentro del laberinto. Y por más que costase mucho no estar *literalmente* uno al lado del otro, saber que el otro estaba ahí le daba paz.

Hernán tendría que aprender a adaptarse, a conocerse mejor, a conocer qué otras cosas lo hacían feliz para encontrar un nuevo refugio.

Al no poder salir, tuvo que escapar hacia adentro.

Y se puso a escribir.